muchas veces, durante los dos últimos siglos. Madame de Sevigné, en pocas y pertinentes palabras, dice lo que fué la sesion ó legislatura de los estados de 1671. La poblacion de Vitré se distingue desde léjos por el campanario de la iglesia de la Vírgen y la torre vieja del castillo. En las murallas tiene una puerta gótica que forma su entrada. La iglesia es de estilo gótico de regular mérito y se halla bien conservada.

Uno de los encantos y títulos á la afeccion que tienen generalmente los antiguos castillos de Normandía, Bretaña y en general de Francia, para todos aquellos que reconocen la deuda de Europa hácia su cultura intelectual, es que una gran mayoría de ellos fueron el hogar de grandes escritores. Cerca de Vitré, á seis kilómetros de distancia, por la parte del sudeste, se encuentra el castillo de los Rochers, por largo tiempo residencia de aquella mujer ilustre.

El de Vitré es más feudal, sombrío, espacioso é importante que el de Rochers, y á pesar de sus cuatro siglos de existencia, la fortaleza venerable de los señores de la Tremouille, aunque entrada en la época de la decadencia, sirve, segun ya hemos dicho, de prision. Las costumbres de los labriegos del distrito tienen mucho de rusticidad que las hace más pintorescas, y como los hombres usan pieles en las estaciones frias, éstas les dan un aspecto rústico y salvaje. La Bretaña ofrece un aspecto más característico, segun nos acercamos á los confines de Finisterre. Este departamento, que abraza la mayor porcion de la Bretaña baja, es verdaderamente la antigua Armórica y el país más supersticioso é ignorante de Europa. Ploermel, Plouaret, Monconteur y otros pueblos entre Rennes y Brest, son famosos por sus romerías llamadas *Perdones*, que se han comparado á los *Kirchweir* alemanes, las *Kermeses* flamencas, y los *Velatorios* de los irlandeses; pero que áun teniendo algo de los tres, se distinguen todavía por su originalidad. Es la mezcla antigua de paganismo y cristianismo. De los pueblos nombrados, Ploermel es el más conocido en Europa, por la ópera de Meyerbeer, cuyo argumento se desarrolla en aquel lugar; pero á escoger, entre estas aldeas, la de carácter más primitivo y pintoresco, con perdon de *Dinorah*, la eleccion recaeria en Plouaret.

Quimper, capital del departamento de Finisterre, se halla aún en parte rodeada de murallas y torreones que la pregonan como una de las ciudades más antiguas de la provincia. Su hermosa catedral ha sido restaurada y casi reedificada por el entendido y moderno arquitecto Mr. Viollet le Duc. La poblacion está medio renovada al uso del dia, de suerte que tanto por estas comodidades como por el pintoresco paisaje que la rodea y por sus famosas truchas, es un punto atractivo para los excursionistas. Los barrios viejos conservan su original y pintoresco carácter, y la ciudad por sí y por sus arrabales es el mejor tipo de la Bretaña y sin disputa el centro y la esencia de lo mejor que se encuentra en Finisterre.

Cornuailles es una de las regiones más notables de la Bretaña, por sus curiosidades naturales y las costumbres é industria de sus poblaciones. Al sur de Quimper se encuentra el pueblo marítimo de Pont-l'Abbé, en donde las costumbres antiguas han cambiado ménos. Más allá, y sobre un promontorio azotado por las olas, se ve á Peumarc'h rodeado de ruinas que atestiguan su antigüedad é importancia en otros tiempos.

San Jorge Mayor

VENECIA

Ni la mano del tiempo ni las iras de los hombres han conseguido borrar el carácter de esplendor que distingue á la reina del Adriático, siempre magnífica en medio de su decadencia. No se puede ménos de admirar con éxtasis esa ciudad que parece obra de las hadas, esos palacios del mar que parecen la morada de Neptuno, de Vénus y de su corte. Diríase que la casualidad ha permitido la construccion de Venecia en tan singular paraje para dar al mundo un ejemplo de lo más perfecto que puede producir la union de lo bello y de lo pintoresco.

Aquí se exhala en todas partes la poesía; está impregnada en los muros como el perfume en las flores: Venecia, reina de las artes, elevada entre el cielo y el agua, parece no deber nada á la tierra. Esta noble ciudad, cuyas calles tienen el mar por pavimento, y donde en vez del estrépito de los carruajes y del bullicio propio de toda gran capital, sólo se oyen los gritos de los gondoleros y el acompasado remar en las tranquilas aguas, es la más silenciosa, la más pintoresca, y casi la más interesante del sur de Europa. Ruskin, uno de los más elocuentes

escritores modernos, ha sido quien mejor y con ménos palabras, bosquejó la posicion de Venecia, cuando dijo: «Opuestos en su carácter y mision, llegaron del Norte y del Sur el torrente del glaciar y la corriente de lava; encontráronse y lucharon sobre los restos del imperio de los Césares; y en el sitio mismo donde se detuvieron, en el mismo punto del choque, en las aguas muertas, sembradas de los fragmentos del naufragio de Roma, surgió triunfante Venecia como por arte de magia.» Ningun pueblo del mundo aparece á los ojos del viajero enriquecido con tanta poesía, rodeado de tanto misterio; ningun otro ofrece un carácter tan único, tan especial y extraño; esa ciudad sin polvo, sin el tumulto del tráfico, asentada, no sobre colinas, sino «sobre sus cien islas,» no sólo está llena de los recuerdos de sus antiguas glorias, de los restos de una época en que fué señora de los mares y temida república, sino que tambien se distingue por su riquísima, variada y caprichosa arquitectura. El aspecto de Venecia produce en el viajero un sentimiento de asombro mezclado de admiracion, una impresion profunda, que debe quedar eternamente grabada en su memoria; todo en ella es original; y hé aquí por qué puede llamársela única.

El viajero que va de prisa, ó lleva mucho equipaje, puede dirigirse á la noble ciudad por la vía férrea de Mestre, que pasando sobre una serie de arcos, á través de la ancha laguna, le conducirá á la misma Venecia, donde el *ómnibus*, es decir, la góndola, le obliga á probar un nuevo método de locomocion, haciéndole comprender que en adelante deberá buscar una barca en vez de un coche de alquiler; pero el que quiera acercarse á la ciudad de una manera más primitiva debe apearse en la última estacion de la vía férrea y alquilar aquí una góndola para entrar en Venecia.

La excursion es agradable, porque al deslizarse la góndola por el tortuoso canal, en medio de un torrente de luz, que ilumina en el fondo del paisaje un grupo de pintorescas montañas, se puede contemplar la originalidad del paraje donde hace mil quinientos años buscó su refugio un peloton de cansados fugitivos, cual bandada de gaviotas, en el banco de arena que se ve fuera de la desembocadura del Adige.

Cuando el viajero se aproxima á Venecia, sólo ve al principio de frente un largo canal y una orilla aplanada; por el oeste destácase la torre de Mestre, cuyos perfiles se definen cada vez con más claridad; detrás, unas formas purpúreas que circuyen el horizonte, parecen confundirse con el purísimo azul del cielo: son los Alpes de Bassano; y más allá vénse unos bastiones bajos: es el fuerte de Malghera. Una vuelta más, y el canal ofrece otra perspectiva, porque se ensancha majestuosamente; la yerba de las orillas disminuye poco á poco, y al fin viene á morir en la playa. A la derecha se ve una especie de muro con arcos aplanados, entre los cuales pasa el agua: es el puente de la vía férrea lo primero que allí llama la atencion; en la extremidad de esos arcos surge de las aguas una línea confusa é irregular de construcciones bajas de ladrillo, que, á no estar mezcladas con muchas torrecillas, podrian tomarse por el arrabal de una ciudad fabril; cuatro ó cinco cúpulas, no tan distantes como parece á primera vista, elévanse en el centro de aquella línea; pero lo que más llama la atencion es una negra nube de humo, que extendiéndose por la parte del norte parece salir del campanario de un templo: allí está Venecia.

Si entramos ahora en la ciudad, no tardaremos en hallarnos en el Canal Grande; y entónces, váyase donde se quiera, podemos estar seguros de que nuestra góndola irá siempre á parar á él, lo cual no tiene nada de particular, porque esa gran vía líquida es á Venecia lo que la calle de Rívoli á Paris, lo que el Corso á Roma, lo que la calle del Regente á Lóndres; desarróllase á través de la ciudad, formando como una enorme S, uno de cuyos extremos toca

El Rialto

en la estacion del camino de hierro y el otro en el palacio del Dux, frente al cual se ensancha separando la Giudecca, con su isleta contigua á San Jorge Mayor del grupo principal de las islas de Venecia. Nuestra góndola se desliza por delante de la iglesia de los Frailes Descalzos, edificio del Renacimiento, al que siguen dos palacios del mismo estilo, hasta que llegamos, por la derecha, á uno de los más antiguos edificios de Venecia, el Fondaco dei Turchi, cuya fachada se compone de una doble serie de arcos redondos, sostenidos por macizas columnas de mármol con magníficos capiteles. Cuando yo ví este edificio hallábase en un estado lastimoso; despues se ha procedido á su restauracion, y tal vez lo hayan dejado peor de lo que ántes estaba.

A medida que nos acercamos al Rialto, el número de palacios aumenta; los más de ellos son construcciones del Renacimiento, excepto el brillante Ca d'Oro, noble ejemplo, en otra época, del rico estilo gótico veneciano: el abandono y una mal entendida restauracion le han reducido al más deplorable estado.

Ya se divisa el Rialto, que durante largo tiempo fué el único lazo de union entre la mitad

oriental y la mitad occidental de Venecia: como el Ponte Vecchio en Florencia, y como el antiguo Puente de Lóndres, aunque en menor escala, tiene una serie de tiendas perfectamente iluminadas, que representan á los arcos; delante de estos se corre una barandilla, á través de cuyos balaustres se ve circular la gente. Construido á fines del siglo XVI, este puente está echado sobre el Gran Canal, formando un noble arco de cerca de veinticuatro varas de anchura; y áun es, como en otra época, uno de los puntos más animados de Venecia. Allí es donde se nota más actividad y movimiento; pero en vano se buscarian en aquel emporio los ricos mercaderes y acaudalados comerciantes; en cambio se ven los trajes de muchos países, sobre todo de los hijos de Israel, formando unos y otros el más abigarrado conjunto que jamás me fué dado contemplar.

En un lado del puente está la pescadería, donde el extranjero podrá contemplar en los grandes cestos formas que le parecerán extrañas, incluso las del esturion, el rey de los peces; pero como los olores que allí se perciben no son muy agradables, pronto se dirigirá al mercado de la Fruta, situado en el Campo de San Giacomo, al otro lado del puente. Aquí sí que podrian recrear la vista los golosos, deleitándose en la contemplacion de los más delicados productos de la tierra, sobre todo en una mañana de setiembre. ¡Qué racimos de uvas, tan dulces como el azúcar! ¡Qué montones de albérchigos, verdes los unos, purpúreos los otros, semejantes á pequeños globos rellenos de jarabe casi líquido, que se disuelven en la boca y revientan apénas se tocan con el dedo! ¡Qué jugosos parecen los melones, que bajo una piel tan áspera ocultan un corazon tan tierno! Decididamente el mercado de la fruta es digno de ser visitado por el extranjero, porque sólo allí puede ver cuán ricos y variados son los productos de las huertas y jardines del país.

Volvamos á la góndola, que durante nuestra excursion ha estado amarrada á uno de los postes del canal, tan característicos para este como los faroles de una calle de Lóndres, y con frecuencia mucho más pintorescos. En otro tiempo indicaban la inmediacion de los palacios de los nobles y tenian pintados los colores heráldicos de sus dueños. En cuanto á la góndola misma, el coche de Venecia, sólo diremos de ella dos palabras, puesto que ya la representan varios de nuestros grabados: sus contornos ofrecen un término medio entre los de la canoa y el modelo de la antigua galera escandínava; en el centro hay una especie de pequeño camarote, muy semejante á una litera ó caja de coche, y por lo general está pintado exteriormente de negro, con una lista dorada; de modo que el conjunto no tiene mucho atractivo; en la proa y la popa el suelo de la góndola está reforzado con tablones para que los remeros puedan apoyar el pié con toda la fuerza necesaria. Cuando sólo va un gondolero mantiénese en pié, mirando siempre hácia adelante, y rema de una manera particular, difícil de describir. Bien vale la pena atravesar algunos de los más estrechos canales aunque sólo sea para observar con qué asombrosa destreza franquean aquellos hombres los más agudos ángulos, casi rozando las paredes, ó pasan uno junto á otro por los sitios más angostos sin tocarse nunca. Cuando dos góndolas están á punto de encontrarse óyense al punto los gritos: *¡Sia stali! ¡Sia premi!* ó bien *¡Sia di lungo!* Estos gritos cadenciosos, no desagradables, sirven para indicar la direccion que cada gondolero lleva, é impedir un choque.

No podria darse un medio de locomocion más agradable; la vida en góndola es la más perezosa existencia que imaginarse puede. En cuanto á la embarcacion misma, es rápida como ella sola, y gracias á la destreza de sus tripulantes, un solo golpe de remo basta para hacerla franquear un gran espacio como una exhalacion.

Y ya que de las góndolas hablo, bueno será decir tambien dos palabras sobre las barcas de pesca, pues ciertamente lo merecen, y además debemos ver algunas ancladas en el canal. Las que representa nuestro grabado bastan para dar una idea de sus pintorescas formas: sus grandes velas latinas dobles comunícanles cierta semejanza con las mariposas; sus mástiles suelen estar coronados por una especie de florones en extremo caprichosos, formados por un grupo de reliquias; y otras veces el adorno consiste en una pequeña urna que encierra la imágen de un santo, sin duda el patron de los tripulantes, alumbrada con frecuencia por una lámpara. Los «penates» no están aquí sobre cubierta, como en las antiguas galeras romanas, sino en la punta de los mástiles. ¿Tendrá este cambio alguna significacion?

Nuestra góndola se desliza á lo largo de una calle tan irregular en su aspecto y contornos como una antigua ciudad inglesa: los palacios se mezclan con las casas ordinarias, y junto á los venerables restos del estilo gótico veneciano y del Renacimiento de Italia elévanse modernas construcciones en las que abunda el estuco, la pintura y los colores charros. El más rico palacio de estilo gótico es el Ca d'Oro, en otro tiempo propiedad de Taglioni, más magnífico aún que el Palazzo Cavalli en cuanto á su estilo arquitectónico; pero como ya he dicho ántes, la accion del tiempo y una deplorable restauracion le han reducido á un estado lastimoso. Algunas casas que ahora se han edificado en la inmediacion son tipos de esas construcciones que, si pueden agradar al ciudadano moderno, merecen la más enérgica censura de todo artista de buen gusto. Otras dos muestras se ven aquí de ese característico estilo de los edificios de Venecia: son el palacio Camel y la casa de Desdémona. En cuanto á esta última, siempre habia creido que la desgraciada hija de Brabancio sólo existió en el drama de Shakespeare; pero no se ha de ser demasiado crítico, pues si esta casa no fué suya, pudo serlo si hubiese vivido en ella, y de consiguiente no hay porqué discutir.

Un poco más léjos, en un sitio donde el canal se ensancha, presentando un gran espacio de azuladas aguas, limitado por varias isletas, vemos elevarse á nuestra derecha la preciosa cúpula de Nuestra Señora de la Salud, edificada para conmemorar el término de una plaga que afligió á la ciudad á mediados del siglo XVII. Más allá se divisa la iglesia de San Jorge Mayor; y á nuestra izquierda la orilla forma una curva delante de los Jardines Reales, dominados por la noble fachada del Palacio Ducal, el verdadero centro de la historia de Venecia.

Despues de haber recorrido en toda su longitud el Gran Canal, que ondula en medio de la ciudad como una serpiente, la góndola se detiene junto al poste de mármol de la Piazzetta, entre las dos columnas de granito que trajo de Oriente el Dux Michieli, y que el lombardo Nicolo Barathieri erigió por su órden en 1150. El leon alado de San Marcos corona la una, y en la otra elévase la estatua de San Teodoro, con su aureola en la cabeza y el crocodilo á los piés; se franquea la escalera de mármol que desde el mar conduce á la plaza, y pasando entre